

EL PARTIDO COMUNISTA Y EL FRENTE POPULAR

Pierre Broué

Universidad de Grenoble

Tengo que confesar que para mí, siendo profesor en Francia y además en la provincia, no es fácil tratar de hacer un estado de cuestión sobre la guerra civil*. Hagan el favor de disculparme si no fui capaz de estudiar todos los libros y revistas históricas. Durante cinco años, el único trabajo que recibí sobre la guerra civil fue el de Aróstegui y Martínez sobre la Junta de Defensa de Madrid¹, y las bibliotecas francesas no son ricas en el tema.

Sin embargo voy a exponer mi opinión sobre las relaciones entre el Partido Comunista de España y las otras organizaciones obreras de la izquierda, incluyendo en mi estudio no sólo las del Frente popular propiamente dicho, sino también las organizaciones y grupos a su margen, es decir no sólo los anarquistas, FAI y CNT, miembros en 1938 del Frente popular, sino también el POUM que fue uno de los firmantes del programa electoral de las izquierdas del 15 de Enero de 1936, primera forma española del Frente popular.

Lo más notable en esa historia, a primera vista, es que durante años y años, el Partido Comunista de España se había caracterizado por su aislamiento. No era por supuesto el único partido comunista aislado. Todos los partidos comunistas estaban aislados en los primeros años de los treinta, tanto por su sistemático radicalismo verbal como por su política divisionista dentro de la clase obrera basándose en su denuncia cotidiana de los socialistas como «social-fascistas»... Pero el de España estaba todavía más aislado. Gracias a su historia propia, a sus años de actividad clandestina sin control de asambleas y de cualquier opinión por parte de trabajadores, había sido capaz de desarrollar esos rasgos sin posibilidad de frenarlos por parte de las masas obreras²

* Conferencia pronunciada por el autor en el ciclo *La guerra civil en nuestro momento. Estado de la Cuestión*, organizado por el Departamento de Hª Contemporánea de la Universidad de Salamanca, julio 1985.

¹ JULIO ARÓSTEGUI; JESÚS A. MARTÍNEZ: *La Junta de Defensa de Madrid, Madrid 1984*.

² *Es posible señalar cierta influencia de la reacción de las masas obreras francesas en los acontecimientos del 6 de febrero en París, una presión de su parte en favor de la unidad de los partidos socialistas y comunista.*

Fenómeno subrayable es que, durante algunos meses, ese partido llega a ser un partido con verdadera influencia sobre millones de hombre y mujeres, con mandos importantísimos en el Ejército y las Fuerzas de Policía, y, sobre todo, con preponderancia en los consejos del Gobierno; esto sin contar con un poderoso aparato, probablemente el más poderoso del mundo fuera del partido ruso. Sin embargo al final de la guerra civil todo ese edificio se hunde con el Ejército y el Estado republicano. El partido comunista del exilio y de la nueva clandestinidad está más aislado que nunca como lo indica la coalición general contra él al final de la guerra civil con la Junta del coronel Casado y la sub-guerra civil dentro del campo republicano al comienzo de marzo de 1939. Por otro lado los años de la segunda guerra mundial, es decir los primeros años del exilio, fueron también los años de la crisis, de la escisión o mejor dicho del estallido del propio aparato del Partido Comunista de España en la emigración, con la ruptura de dirigentes como Jesús Hernández, Enrique Castro y otros.

Naturalmente surge la cuestión de saber quien es responsable de tal aislamiento —del propio partido, de su política o, mejor dicho, de la política de la Internacional comunista—. Esto quizás pueda verse, examinando sus relaciones con las otras fuerzas del Frente popular, un examen que trataré de hacer tan lejos del triunfalismo de las sedicentes historias, oficiales o no, del PCE como de lo que algunos llaman con razones suyas el «bollotenismo».

El marco general

Al principio de la guerra civil, el Partido comunista era una fuerza política de segundo rango; creo que el número de sus miembros estaba más cerca en julio de 1936 de los 10.000 de Joan Estruch y Hugh Thomas³ que de los 200.000 de su propia *Historia*⁴. Sin embargo esto va a desempeñar un papel importantísimo dentro de la situación caracterizada por el nacimiento del Frente popular y su triunfo en las elecciones legislativas de febrero de 1936.

Es sabido que el viraje de la Internacional comunista tuvo lugar entre 1934 —fecha del primer viraje francés— y 1935 —fecha del VII congreso de la propia Internacional. Sin embargo está claro que después del octubre asturiano los republicanos de izquierda y los socialistas se acercaron unos a otros en su lucha común contra la represión y en favor de la amnistía de los presos políticos. Fueron ellos quienes tomaron las primeras iniciativas de negociación para llegar a un acuerdo electoral a partir de enero de 1935. La primera iniciativa del PCE en esta dirección política fue el discurso de José Díaz en Madrid el 2 de junio, en el que dijo que «los comunistas estaban dispuestos a luchar unidos con todas las fuerzas antifascistas sobre la base de un programa mínimo», es decir en favor de una concentración popular antifascista, primer nombre del Frente popular...

Paradójicamente, al menos aparentemente, esa táctica de Frente popular parecía capaz de sacar al Partido comunista de su aislamiento, pero, a primera vista, el acuerdo

³ VICTOR ALBA: *El Partido Comunista en España*, Barcelona, 1979, p. 168, n. 1. HUGH THOMAS: *The Spanish Civil War*, London 1961, p. 99.

⁴ *Historia del P.C.E.*, París 1960, pp. 114-116.

no era posible con sus próximos vecinos del PSOE, sino con los republicanos de izquierda. De hecho tuvo lugar una alianza entre los partidos republicanos, demócratas, moderados, y el Partido comunista de un lado, y los socialistas, así como los «sitiados», del otro. Además parecía como si los socialistas «sitiados» tuviesen el inconveniente de sufrir en sus propias filas una «quinta columna» amiga de los sitiadores, el centro socialista de Prieto, partidario de un acuerdo electoral con los republicanos...

Antes de la guerra civil, después de la firma del pacto y del triunfo electoral del Bloque de las Izquierdas, esa alianza entre comunistas y republicanos no parece casual. En 1934 ya los jóvenes comunistas aparecían como moderados ante las afirmaciones de Carrillo según las cuales las Juventudes socialistas tomarían el poder. El Comité central del PCE en marzo de 1936 explicó que el Frente popular era «una organización de masas para la lucha parlamentaria y extraparlamentaria de la democracia contra el fascismo»⁵, y que «No se trata, camaradas, de asaltar la República, se trata solamente de que los republicanos gobiernen la II República»⁶. Entre esos republicanos candidatos del partido comunista al gobierno, Diego Martínez Barrio explicaba que la misión del Frente popular era la de «canalizar jurídicamente las aspiraciones del proletariado», pero «sin lanzarlo fuera de la convivencia constitucional en iracunda peregrinación por la ruta revolucionaria»⁷.

Frente a los socialistas radicalizados, el papel del partido comunista llega a ser más importante que su número de miembros. Victor Alba tiene razón al escribir:

«Los republicanos querían a los comunistas en el pacto porque ellos eran quienes propiciaban la idea de que se convirtiera en un pacto postelectoral, lo cual garantizaba apoyo y «orden» a los futuros gobernantes republicanos»⁸.

Y añade:

«Es este carácter de «bombero» que los republicanos atribuían al Frente gracias a la presencia en él de los comunistas y a su concepción como pacto permanente, lo que les abrió la puerta»⁹.

Recíprocamente está claro que, con esa nueva coyuntura, se produce un cambio profundo de la posición del partido comunista de España en relación con sus nuevos aliados. En el marco general, sin embargo, hay que decir que después del triunfo del Frente popular y de la llegada al poder de los republicanos, la lucha del partido comunista no se coloca tanto sobre el terreno de la competición con los socialistas o los anarco-sindicalistas por ejemplo, como sobre el terreno del mantenimiento del orden y del mando del Gobierno, es decir, sobre el terreno del Estado.

Antes de la sublevación militar, el Partido comunista no pudo desempeñar ningún papel importante. Era impotente frente a los movimientos espontáneos, sin posibilidad de impedir las huelgas por medio de discursos, promesas y llamadas a la disciplina republicana. Desde este punto de vista se puede decir que se mantuvo así en su aislamiento dentro del movimiento obrero por su insistencia en limitar las huelgas

⁵ *Guerra y Revolución en España*, t. I, Moscú, 1966, p. 87.

⁶ ENRIQUE CASTRO DELGADO: *Hombres Made in Moscú*, México, 1960, p. 237.

⁷ DIEGO MARTÍNEZ BARRIO: *Páginas para la Historia del Frente Popular* en ALBA: *op. cit.*, p. 165.

⁸ ALBA: *op. cit.*, p. 165.

⁹ *Ibidem*.

a reivindicaciones inmediatas. Frente al peligro de la sublevación, el Partido comunista sostiene y ofrece su ayuda al gobierno que no hace nada para impedir el golpe.

No hay mucho que decir sobre el papel del partido comunista durante las jornadas de julio. Creo que sus militantes combatieron tan valerosamente como los anarquistas, socialistas y otros. Pero el problema es el de su política. En las jornadas decisivas, el golpe fracasó cada vez que los trabajadores tuvieron oportunidad de armarse, cada vez que se lanzaron inmediatamente a la destrucción del ejército como tal, es decir cada vez que no obedecieron las órdenes y consignas del Gobierno y del Frente popular... Un comunicado común del PSOE y del PCE declara el 18 de julio:

«El Gobierno está seguro de que posee los medios suficientes para aplastar esta tentativa criminal. En caso que sus medios fuesen insuficientes, la República cuenta con la promesa solemne del Frente popular. Está dispuesta a intervenir en la lucha a partir del momento en que se reclame su ayuda. *El gobierno manda y el Frente popular obedece*»¹⁰.

En otras palabras, el partido comunista ofrece su obediencia a un gobierno que se negó a armar a los trabajadores para luchar contra los militares. En los días que siguen la sublevación el partido comunista es pues la única organización obrera que, de hecho, ofrece su obediencia a un gobierno incapaz de mandar. Conocemos el ejemplo de Valencia: durante dos semanas, el partido comunista sostiene, contra el Comité ejecutivo popular, la Junta delegada de Martínez Barrio, representante del gobierno Giral, y es la única organización obrera detrás de esa junta¹¹.

Aislado durante el período del doble poder como lo había estado durante el ascenso revolucionario de los seis primeros meses de 1936, el partido comunista sale del aislamiento sólo en el curso de su lucha para la liquidación del poder revolucionario, la unificación del mando, la militarización de las milicias, y finalmente la restauración del Estado en la zona republicana.

Sabemos todos aquí que su línea era de ganar la guerra en primer lugar, «primero vencer a Franco», y para ello reforzar «el bloque nacional y popular», la autoridad de «gobierno de Frente popular». Es necesario indicar que fueron los únicos en oponerse a los comités, a las colectivizaciones, a las expropiaciones, a la justicia de clase expeditiva o, como yo escribí, «los únicos, en una palabra, en decir bien alto lo que pensaba la pequeña burguesía republicana aterrorizada por las iniciativas de las masas y que justo empezaba a reponerse del enorme miedo que les habían inspirado los anarquistas»¹². En segundo lugar, el Partido comunista de España gozaba del prestigio revolucionario de la Unión soviética y de su triunfo en su guerra civil; además disponía de fondos importantes y, finalmente, del apoyo político y material del único gobierno susceptible de ayudar eficazmente a la defensa de la España republicana.

En este período, después del comienzo de la restauración del Estado, los comunistas actuaron como fuerza organizada dentro de aparato del Estado y particularmente del Ejército popular y de las fuerzas armadas de policía reconstituidas. A

¹⁰ Comunicado a la prensa el 18 de julio por la tarde.

¹¹ AURORA BOSCH SÁNCHEZ: *Ugetistas y libertarios*, Valencia, 1983, p. 18.

¹² PIERRE BROUÉ: *La Revolución española 1931-1939*, Barcelona, 1977, p. 127.

partir de esas posiciones en el aparato estatal y sus fuerzas de represión, el Partido comunista va a desarrollar su ofensiva contra sus aliados para controlar de la mejor manera posible el bloque de los partidarios del gobierno, incluso con la posibilidad de maniobras de corrupción y hasta de chantaje, siempre favorecidas por la posesión de los ficheros y de la información secreta. Durante este período ganaron militantes de importancia y practicaron con un gran éxito la infiltración dentro de las filas de prácticamente todas las organizaciones aliadas en el seno o cerca del Frente popular.

El aliado socialista

En las relaciones del PCE con el PSOE tenemos un ejemplo clásico, casi un experimento de laboratorio, simbolizado por los frecuentes encuentros de los delegados de la Internacional comunista con líderes socialistas en la cárcel modelo de Madrid y la rápida evolución de muchos combatientes en 1934 refugiados en la URSS hacia un stalinismo tan rígido como sorprendente.

No podemos imaginar ni por un momento a Francisco Largo Caballero como un agente del comunismo estalinista. Sin embargo, su política de radicalización verbal sirvió, en tanto que caución, para lo que podemos llamar una «nacionalización» de los temas del comunismo. El viejo líder reformista, hablando de «violencia revolucionaria», de «dictadura del proletariado», empleando frecuentemente una fraseología netamente revolucionaria, leyendo a Lenin en la cárcel, etc., abría la puerta a la aceptación de la nueva propaganda de Moscú, ofreciendo la perspectiva —siempre muy popular, cuando es posible— de la unidad obrera, es decir de la fusión de los partidos socialistas y comunista.

Después del VII congreso de la Internacional Comunista y del congreso mundial de la Internacional de la Juventud comunista, durante el período de cárcel o exilio de los dirigentes jóvenes y adultos de los largocaballeristas comprometidos en los sucesos de octubre 1934, parece que diferentes representantes de la Internacional comunista trataron y hasta consiguieron la conquista y el reclutamiento de los dirigentes de las juventudes socialistas. «Seducción verbal de la masa de afiliados», escribe Victor Alba, y «conquista personal de dirigentes»¹³ ¿Cómo se produjo esta conquista? No lo sabemos, ni siquiera cuándo dieron el paso decisivo. Probablemente lo hicieron en la propia Unión soviética algunos de los dirigentes jóvenes, refugiados como José Laín, y quizás en la URSS también los invitados, como fue Santiago Carrillo a su salida de la cárcel modelo. Oficialmente los dirigentes de las antiguas Juventudes socialistas se adhirieron al Partido comunista de España en el comienzo de la batalla de Madrid y de la actividad de la Junta de Defensa. Pero la etapa decisiva fue la fusión de las juventudes socialistas y comunistas y el nacimiento de las Juventudes socialistas unificadas bajo la dirección de Santiago Carrillo y sus próximos colaboradores. Ricard Viñas, historiador de las JJ.SS.UU. escribe que «la versión de una simple «venta» o entrega de la organización juvenil a las directrices comunistas [...] no tiene ninguna base sólida»¹⁴. Tiene razón, pero ninguna versión de eso tiene base sólida. Ricard Viñas piensa que el objetivo de la fusión era todavía

¹³ ALBA: *op. cit.*, p. 170.

¹⁴ RICARD VIÑAS: *La Formación de las Juventudes Socialistas Unificadas 1934-1936*, Madrid, 1978, p. 53.

el de la unificación obrera, de la fusión de los partidos. La única cuestión es saber si piensa también que los comunistas estaban luchando por una unificación que no hubiera llegado a la hegemonía en la organización unificada, lo que no supongo.

En cambio, queremos subrayar otra observación de Ricard Viñas de la cual él no ha sacado ninguna conclusión. Señala:

«El aparato propagandístico a partir de 1936 es notable, sobre todo si lo comparamos con la limitación de medios que había sufrido en el período anterior [...]. La importancia de este hecho es de consideración para explicar el impresionante crecimiento de las JJ.SS.UU.»¹⁵.

Pienso que cuando conozcamos con seguridad el origen de los medios materiales de las Juventudes unificadas en 1936, daremos un importante paso adelante en el conocimiento de la historia del Partido comunista de España y de sus relaciones con sus aliados.

La unificación de las Juventudes socialistas y comunistas tiene en realidad un sentido más profundo que el que le atribuye Ricard Viñas. El escribe, por ejemplo, que «el proceso, o mejor aún, la última etapa del proceso de unificación viene determinado por la actitud del centrismo (prietista) en lucha constante con la izquierda del PSOE»¹⁶, pero no nos explica sin embargo por qué los dirigentes del partido comunista habían no solamente aceptado, sino promovido la perspectiva de una unificación que constituyó al mismo tiempo un golpe muy duro, no para los prietistas del centro del partido, sino para los caballeristas, los cuales perdieron de repente, con su «batallón de choque», la posibilidad misma de hacer su política propia. Simultáneamente, la fusión constituyó una organización juvenil que iba a llegar a ser el trampolín principal de la influencia stalinista en España. Hacia la misma época se constituyó también el PSUC como resultado de la fusión de las dos organizaciones de Cataluña, la socialista y la comunista.

Creo además que sería interesante para los investigadores estudiar las posibilidades así abiertas de constituir en España un partido de algún modo «nuevo» —en el sentido del «nuevo partido comunista» empleado en Italia después de la segunda guerra mundial por Togliatti y sus compañeros para designar un partido de tipo nuevo, rompiendo más o menos abiertamente con el viejo aparato y el sectarismo verbal, pero de verdad más stalinista que comunista—. Una idea que no es todavía más que una hipótesis a investigar.

La operación de fusión se hizo con la ayuda y el apoyo de dirigentes socialistas que habían sido lugartenientes de Largo Caballero y fueron de un modo u otro las conquistas personales del Partido comunista: gente como Rafael Vidiella, Julio «Alvarez del Vayo, Amaro del Rosal, Margarita Nelken. No hablo aquí de «agentes», sino de políticos, convencidos y haciendo la política que les parece justa, incluido el trabajo dentro de su antiguo partido en interés del que, a sus ojos, tiene razón. Es decir, por fin, que el campo largocaballerista había sido decisivamente debilitado como resultado de todo ese desarrollo y gravemente golpeado y herido por una verdadera escisión en su dirección, de aquí en adelante incapaz de gozar de un papel realmente independiente y sin ninguna esperanza de recuperar la dirección del PSOE.

¹⁵ *Ibidem*, p. 61.

¹⁶ *Ibidem*, p. 53.

De hecho, la época de la fusión de las juventudes había marcado el comienzo de un cambio en las alianzas del partido comunista dentro del PSOE. Después de la primavera de 1936, alarmado por las posiciones políticas de los caballeristas y su «revolucionarismo», descontento del *veto* a Prieto como Jefe del Gobierno «en nombre de un obrerismo ultraizquierdista», el Partido comunista empieza su acercamiento a Prieto. Apoyó en efecto a Prieto, si no con palabras sí al menos de hecho, durante todo el período en que el gobierno Caballero estuvo sometido a presiones conjuntas para la restauración del orden público, del Estado y las necesarias concesiones a la URSS y a las «democracias» occidentales.

Sabemos que los nueve meses del gobierno Largo Caballero fueron meses de tensión siempre agravada, de conflictos cada día más violentos. Largo Caballero iba retrocediendo, resistiendo sin embargo a los ataques del PCE contra los llamados «trotskistas» del POUM y la reivindicación de una represión estatal contra ellos, resistiendo a las presiones directas de los Soviéticos, diplomáticos y «consejeros» y a su patente intervención en la política interna de España, y resistiendo sobre todo a la supuesta colonización por parte de los comunistas de los mandos militares y policíacos, incluso en el ministerio del propio Jefe del Gobierno.

La lucha dentro del aparato estatal con una orquestación de demostraciones populares muy bien encuadradas y controladas en las calles de las ciudades, empieza tras la caída de Málaga con acusaciones de la prensa del PCE en contra de los colaboradores de Largo Caballero, con el objetivo de desprestigiarlo y finalmente de sustituirlo. El Viejo no se rinde sin combate, limpia su ministerio, reduce los poderes de los comisarios del Ejército, limita la posibilidad para los oficiales comunistas de conseguir altos puestos, sigue sus propios planes de ofensiva sobre Extremadura y la opinión de sus asesores contra la opinión de los consejeros rusos. Con los sucesos de Mayo en Cataluña, los ministros comunistas atacan en consejo de ministros, proponen una represión rechazada por Caballero y abandonan la reunión. Bajo la presión de Prieto y Negrín, Caballero tenía que constatar la crisis abierta por esa dimisión. No hay duda que la caída de Largo Caballero resultó de una conjura para sustituirlo —y que esta conjura fue obra común de Prieto y el P.C.—.

Como sabemos, la alianza de Prieto con los comunistas solo sobrevivirá algunos meses, menos de un año. Prieto sale del «Gobierno de la Victoria» después de la normalización y de las graves derrotas militares en abril de 1938: en ese momento, el PSOE parece prisionero del partido comunista por medio del presidente Negrín y por miedo de una guerra civil en la guerra civil. En el intervalo, el bloque de comunistas, prietistas y tráfugas del campo caballerista ha llegado a la eliminación completa del viejo líder de toda posición de poder. Ese último conflicto dentro del partido socialista tiene el carácter de una lucha de aparato, dentro del aparato, llevada a cabo por medio del aparato estatal y con la ayuda del gobierno y de la policía. Por órdenes del ministro socialista de Gobernación, un destacamento de Asalto se apoderó del periódico *Adelante* en Valencia. En el curso de la escisión en la UGT, el ministro de comunicaciones da a los carteros la orden de mandar todo el correo y de pagar todos los cheques al ejecutivo dirigido por prietistas y tráfugas, incluso cuando eran dirigidos al ejecutivo «caballerista».

Un proceso como éste no podía ser indefinidamente repetido y tuvo su conclusión inevitable algunos días antes del final de la guerra. Aliado al comienzo del período con la izquierda y el centro socialista, organizador de la escisión de la izquierda en

alianza con el centro del PSOE, luego, después de la ruptura entre Prieto y Negrín, aliado con la fracción Negrín del PSOE, el PCE va por fin a regresar a su aislamiento, esta vez en el seno, o mejor dicho, en la cima del aparato estatal. Después de los decretos del 2 de marzo de 1939 dictados por Negrín nombrando oficiales comunistas en los mandos de los puertos y de los Ejércitos, el PCE aparece de repente en su verdadera situación: un aislamiento total del poder en la víspera del hundimiento del Ejército que había conquistado. Contra él, esta vez, se unían los socialistas de derecha de Besteiro, adversarios de siempre, los de izquierda, con el caballerista Wenceslao Carrillo, los prietistas, y hasta militares profesionales, un momento «comunistas» como el general Miaja. Con él, solo los tráfugas. Se termina la guerra civil y también, por el momento, las relaciones entre el partido comunista y el PSOE.

Los aliados republicanos

Las relaciones del PCE con sus aliados republicanos son mucho más sencillas y menos dramáticas que sus relaciones con sus hermanos socialistas. Comunistas y republicanos eran en los días del golpe y al comienzo de los combates los únicos partidarios del poder del gobierno impotente de Frente popular. Pero, en los meses siguientes, van a ser ambos partidarios de la liquidación del poder revolucionario y, en general, de la situación de doble poder; partidarios de la restauración del «orden republicano». En esa coyuntura, comunistas y republicanos defienden el mismo programa mínimo inmediato. Pero no tienen la misma eficacia.

De hecho los comunistas son los únicos capaces de cumplir ese programa —el de los republicanos también— en el marco de esa guerra civil. Poco importa que algunos líderes republicanos —y no de los menores como el propio presidente Azaña— hayan siempre manifestado y siguen manifestando más o menos su desconfianza y hostilidad en cuanto al partido comunista, su «objetivo» y sus «métodos». Poco importa, por qué hay un acuerdo natural sobre el programa de restauración del Estado, de normalización, de defensa de la propiedad y de la legalidad republicana; hay esfuerzos para ganar la «respetabilidad» ante los gobiernos respecto de los bienes de los extranjeros, del restablecimiento de los Cortes y simulacro al menos de un régimen parlamentario.

La famosa carta de Stalin a Largo Caballero¹⁷ es una magnífica ilustración de lo que la presión rusa se había fijado como objetivos: imponer una política para frenar y detener la revolución, reforzar el poder del Estado restaurado y del Gobierno, tranquilizar a las clases dirigentes y a los gobiernos de las democracias occidentales, buscar de ese modo lo que llamaba la máxima eficacia para ganar la guerra. Ese programa, «conservador» en un sentido y hasta «reaccionario» contra la revolución empezada, tuvo el pleno sostén de la burguesía de la zona republicana, de los hombres de los partidos demócratas ligados a la República parlamentaria, de la pequeña burguesía de las ciudades y del campo y de los técnicos, ingenieros, especialistas, ante todo los especialistas militares, los oficiales tan necesarios en el curso de una guerra.

¹⁷ Texto en *Guerra y Revolución en España*, t. II, Moscú, 1966, pp. 100-102.

Con el prestigio de sus combatientes, sus propósitos de militarización, su fama de realismo y eficacia, sus medios, dinero, materiales, con el apoyo de la U.R.S.S., sus posiciones en el aparato estatal, en resumidas cuentas con *su poder*, el Partido comunista había de llegar a ser el aliado privilegiado de la burguesía republicana, estuviera o no organizada en las filas de los partidos republicanos.

No se plantean aquí cuestiones de ideología o de programa diferente: para los republicanos sinceros, lo importante, con los comunistas, era su disciplina y su espíritu de orden, es decir la doble posibilidad de contener, a través de ellos y gracias a ellos, la revolución y al mismo tiempo de ganar la guerra. Importante también para ellos es la afirmación por parte de la Unión soviética y del PCE de que la instalación de un régimen comunista no es la solución del problema de la guerra. Se puede suponer que todo eso es la base de la frecuente afirmación según la cual los comunistas controlaban muchos organismos gubernamentales —el Gobierno y la Junta de Defensa—. Se puede evidentemente controlar tales organismos, hasta sin miembros «secretos», no sólo a través de organizaciones con adhesiones múltiples (delegados de la UGT o de la JSU podían ser miembros tanto del PCE como del PSOE), sino también con un acuerdo sobre la política de guerra y la propia política interna; como decía Azaña, hablando del gobierno Negrín, «se espera de él energía, voluntad de gobernar, restauración de los métodos normales de la vida pública, apabullamiento de la disciplina»¹⁸.

Victor Alba tiene razón cuando, estudiando los mecanismos de la influencia comunista, subraya que, por lo común, se seguían métodos más sutiles que la amenaza, el chantaje o la destitución. Citando a Castro¹⁹ explica el nombramiento del secretario de la Izquierda republicana Osorio y Tafall, en el importantísimo puesto de Comisario General del Ejército, por la razón de que, «charlatan y mujeriego [...] no será un estorbo» y «debe quedar claro que el nombramiento se lo debe al Partido»²⁰. Tenemos otro ejemplo interesante con el asunto de Mantecón, representante de la Izquierda republicana en el consejo de defensa de Aragón, nombrado gobernador general de Aragón después de la disolución del consejo y en vísperas de la campaña de la división Líster contra las colectividades rurales y de la detención de los principales militantes cenetistas del consejo. Burnett Bolloten escribe que Mantecón era «miembro del Partido de Izquierda republicana, pero simpatizante de los comunistas», y, en una nota infrapaginal señala que, después de la guerra civil, Mantecón ingresó en el Partido comunista²¹. La adhesión posterior al partido comunista del dirigente aragonés de la Izquierda republicana no es útil a ninguna demostración. El hecho principal es que la disolución del Consejo de Aragón y la normalización de la provincia bajo la bandera del Frente popular constituían una parte importante del programa de su partido así como del Partido comunista y de la fracción prietista del PSOE.

En cuanto a la cuestión de las adhesiones *secretas* al Partido comunista, es un problema tan importante como difícil para el historiador. Todos conocemos perfectamente la práctica que se llama en Francia «le noyautage» —una táctica muy antigua

¹⁸ Cit. por J. MARICHAL: *La Vocación de Manuel Azaña*, Madrid, 1968, p. 266.

¹⁹ CASTRO DELGADO: *op. cit.*, p. 660 (Alba, p. 217).

²⁰ *Ibidem*, pp. 660-661.

²¹ BURNETT BOLLOTEN: *La Revolución Española*, Barcelona, 1980, p. 338 y n. 47.

de los bolcheviques, despreciada por sus adversarios, pero públicamente preconizada por Lenin y los suyos como una forma necesaria de la lucha política: el combate sobre el terreno del enemigo o adversario. Desde ese punto de vista ocurre frecuentemente que un hombre reclutado en un partido rival ha de permanecer dentro de él para contribuir a la constitución de un «núcleo» comunista con el objetivo último de destruir o de conquistar su antigua organización. En algunos casos el hecho de no adherirse públicamente es una elemental medida de protección, por ejemplo en el caso de los militares profesionales antes de la guerra civil. Así Bolloten explica que uno de los jefes «profesionales» del V Regimiento, el teniente-coronel Barceló, era, al estallar el conflicto, ayuda de campo del primer ministro Casares Quiroga y oficialmente miembro de la Izquierda republicana, pero en realidad miembro «secreto» del PC desde 1935²². Las cosas son claras y hasta perfectamente comprensibles. Pero existen muchos otros casos de los que no sabemos nada en cuanto a la fecha efectiva de adhesión o de la duración de su actividad en tanto que «submarino» como se dice en Francia.

Sin embargo es posible dividir las reclutas del Partido comunista de los años de la guerra civil dentro de la burguesía y particularmente de los militares profesionales en dos categorías. La mayoría, los más jóvenes, y sobre todo los militares, se hicieron comunistas durante la guerra no sólo por qué no tenían con el PCE importantes discrepancias sobre las tareas del día, sino por que los comunistas eran para ellos disciplinados, trabajaban muy bien y así creaban las mejores condiciones para su propio trabajo. Tenemos de eso muchos testimonios que no nos parecen discutibles. Pero los motivos de la segunda categoría de reclutas no son tan fáciles de aclarar. En sus memorias, el antiguo oficial no-comunista Martín Blázquez relata:

«Permítame que le recuerde —advirtió el comunista Antonio Cordón a un colega oficial del Ministerio de la Guerra— que estamos viviendo una época extraña en que se mata a la gente por nada. Le aconsejo seriamente que se afilie al Partido comunista. El Partido lo necesita a usted y usted a él»²³.

Habría que aclarar todavía las razones de la adhesión al Partido comunista y su política, de generales como Miaja o Pozas, pero la discusión de esa cuestión por Bolloten me parece muy válida²⁴.

El último problema es el de la infiltración de los miembros del PC en la policía republicana. Sera suficiente recordar que pertenecían a ese partido en 1937 el director general de la Seguridad en Valencia, el Jefe de Policía en Barcelona, los dos sucesivos delegados de Orden Público de la Junta delegada de Madrid, el Jefe y el Subjefe de los Servicio Especiales, el Comisario General de la Dirección General de Seguridad, el Director de la Escuela de Policía, sin contar con los dirigentes comunistas, como Garcés y otros, del Servicio de Investigación Militar. Estamos aquí en presencia de uno de los problemas simultáneamente de los más claros en el sentido general y oscuros en sus detalles concretos, de la historia de la guerra civil, es decir la infiltración y a veces la verdadera imbricación de la policía republicana y de los Servicios especiales de la Unión soviética, perfectamente ilustrada, como vamos a

²² *Ibidem*, p. 370 y n.

²³ JOSÉ MARTÍN BLÁZQUEZ: *I helped to build an Army*, London, 1939, cit. *Ibidem*, p. 370 n/9.

²⁴ *Ibidem*, pp. 387 sq.

ver en la última parte, por el asesinato de Andrés Nin, oficialmente preso en una prisión de la República y «desaparecido».

Parece finalmente que muchos hombres de coloración republicana «oficial», pero en realidad miembros o simpatizantes del PCE, han tenido un papel a veces decisivo cerca de Largo Caballero y de Negrín. Según Margarita Nelken y también Bollo ten, Eleuterio Díaz-Tendero, jefe del importantísimo Departamento de Control en el Ministerio de la Guerra, Manuel Arredondo, ayuda de campo de Largo Caballero y el Jefe del estado Mayor central Manuel Estrada, considerados como leales por Largo Caballero, trabajaban secretamente para el PCE y con él²⁵. Según Castro Delgado, los dos más próximos colaboradores de Negrín, su secretario Benigno Rodríguez y el jefe del subdepartamento de Propaganda, el arquitecto Sánchez Arcas, eran también comunistas disimulados²⁶. Del mismo modo se puede tener dudas sobre el consejero de Seguridad interior de Cataluña, Artemi Aiguadé, miembro de la Esquerza catalana y el nombramiento por él, en la víspera de Mayo de 1937, de Rodríguez Salas, notorio miembro del PSUC como Comisario General de Orden Público.

Los aliados / enemigos de Izquierda

Tenemos finalmente que hablar de las relaciones del PCE con organizaciones y grupos considerados por él a veces a penas como aliados y muchas veces como sus peores enemigos. Pero la diferencia es notable en la manera del Partido comunista de tratar del POUM de un lado y de la CNT-FAI del otro.

Los dirigentes del POUM son en gran mayoría antiguos miembros del PCE. Sus líderes lo han sido del PCE o de las organizaciones internacionales ligadas a la Internacional comunista: Nin fue secretario en Moscú de la Internacional sindical roja. Parte de ellos han sido tostkistas en Rusia como Nin o en España en las filas de la Izquierda comunista. Según el P.C., esos disidentes eran «traidores», «agentes», «espías», «nazi-fascistas», «franquistas».

¿Cómo entonces es posible que el POUM haya firmado, por medio de Juan Andrade —otro antiguo fundador del primer partido comunista, el PCOE— el pacto y el programa electoral también firmado por el PC? Fue probablemente imposible para el PC impedirlo y rechazar el POUM sin correr un riesgo él mismo. En todo caso, el día que se firma el pacto, el diario del PCE, *Mundo obrero*, escribía que el POUM, firmante del mismo pacto electoral que él, era «la vanguardia de la contrarrevolución». Victor Alba indica que comunistas y republicanos juntos votaron a Nin como candidato de las izquierdas en Teruel y a Julián Gorkin en Cádiz, y que cinco días antes de las elecciones, *Mundo obrero* calificaba esos dirigentes del POUM de «mastines del fascismo»²⁷. Sea lo que sea, la máxima claridad es necesaria. Las relaciones aquí no son determinadas más o menos directamente por los acontecimientos puramente españoles o las razones de política interna, sino directamente por la política rusa y sus necesidades.

A su pecado original de haber sido fundado por pretendidos renegados, el POUM añade el de haber emitido su protesta contra el proceso de Moscú y la liquidación

²⁵ *Ibidem*, pp. 474, 475.

²⁶ CASTRO DELGADO, *op. cit.*, p. 660.

²⁷ ALBA: *op. cit.*, p. 165.

de los viejos bolcheviques compañeros de Lenin, y luego su propuesta de que la Generalidad concediera a Trotsky asilo político en Cataluña. No hay duda que uno de los objetivos esenciales en la misión de los diplomáticos rusos fue abrir la puerta a los agentes que tenían que destruir, aniquilar el POUM «trotskista» y matar a los pretendidos «trotskistas». De hecho, algunos miembros del POUM no eran tan lejanos de la política del PCE y de la consigna «Primero a vencer a Franco», pero su actitud sobre problemas de la guerra y de la revolución no constituyó una protección contra los asesinos a las órdenes de Stalin.

No sabemos nada más de alguna importancia acerca del asesinato de Andrés Nin ya mencionado. Nuevo, claro, es el reconocimiento de parte de comunistas españoles de que el crimen fue perpetrado por los servicios especiales de Stalin. La nueva línea de repliegue, es decir la última tentativa de proteger a los asesinos y sus cómplices es la versión que trata de presentar el asunto como si el crimen hubiera sido cometido por los rusos sólo o sus agentes (Vidali denuncia a Jesús Hernández como un miembro de los servicios rusos²⁸). Esa versión pasa por los comentarios y argumentos del agente de esos servicios, Vittorio Vidali, el «comandante Carlos» de la guerra y del V Regimiento, del periodista al servicio de los mismos en la campaña de muerte contra el POUM, el francés Georges Soria y —siento decirlo en presencia de amigos suyos y míos— del historiador Manuel Tuñón de Lara. Ese último resume la posición común de esos hombres, escribiendo: «En todo caso, hay algo cierto: la ignorancia de los ministros comunistas españoles». No temo decir que esta afirmación no corresponde a la verdad. Hay algo cierto en todo caso no sólo en el asunto Nin, sino en los asuntos de los otros pretendidos «trotskistas» asesinados o en el sedicente proceso del POUM, los ministros y los dirigentes del PCE han sido, al menos cómplices, si no agentes directos de los asesinatos políticos de adversarios de Stalin.

El problema es muy diferente con los anarquistas y anarcosindicalistas, con la FAI y la CNT. La crisis de ambos movimientos era ya patente en 1936 y llegaba a ser como la dura y lenta agonía de un movimiento de masas cuyos dirigentes no tenían ideas claras propias y se hallaban totalmente sorprendidos por la propia revolución. En marzo de 1936, durante el pleno del comité ejecutivo de la Internacional comunista, Jesús Hernández, representante del PCE, explicó que su partido entre otros objetivos, procuraba estrechar relaciones con los anarquistas²⁹. La verdad es que el anarquismo tanto como el anarco-sindicalismo eran todavía demasiado poderosos y populares y que no podía atacarlos francamente. Durante el período del doble poder, los comunistas atacaban ferozmente a los que llamaban «incontrolados», pero tenían cuidado con dividir las filas de los simpatizantes anarquistas y, en todo caso, no chocar de frente a las organizaciones y, sobre todo, la masa de los militantes cenetistas. Sólo una vez en el poder, desde sus nuevas posiciones en el nuevo aparato del Estado trataron de llevar a cabo una lucha encarnizada, dirigiendo sus ataques preferentemente contra sindicatos cenetistas aislados, o contra organismos particulares, sin provocar una reacción de toda la central sindical. La provocación que originaron las Jornadas de Mayo tuvo lugar en un período de aguda crisis

²⁸ VITTORIO VIDALI: *La Caduta della Repubblica*, p. 60. Se sabe que Hernández acusó a Vidali de haber dirigido el secuestro y el interrogatorio de Nin, muerto bajo la tortura. La respuesta de Vidali fue que el propio Hernández, miembro de los «servicios», tomó parte en el secuestro y en el interrogatorio...

²⁹ Cit por ALBA, *op. cit.*, p. 170.

del movimiento libertario con la cristalización en su seno de una ala izquierdista opuesta a la colaboración gubernamental y a la política de Frente popular. Los asesinatos, en el curso mismo de las Jornadas de Mayo, del teórico italiano Camino Berneri y del líder juvenil libertario Alfredo Martínez entre otros, consiguieron la decapitación de esa oposición.

No existe todavía, a mi parecer, un estudio bastante detallado sobre las relaciones del PCE y de la CNT-FAI durante el período del Gobierno Negrín, caracterizadas, según las apariencias, por un lento retroceso del sector anarco-sindicalista, interrumpido a veces por sobresaltos de un sector a otro, el rechazo de algunos militantes a rendirse, a entregar sus armas o más sencillamente a obedecer al gobierno o al Frente popular. Será suficiente señalar que la confusión ideológica y política del movimiento libertario hizo de él una presa fácil para los comunistas; que el comunista «secreto» del ministerio Largo Caballero, Díaz-Tendero utilizó sus vínculos con los anarquistas «irreductibles» de la Columna de Hierro para hacer publicar en *Nosotros* los primeros ataques en contra del general Asensio y de Largo Caballero calificado de «viejo chocho». Así, la gente de *Nosotros*, adversarios irreconciliables de la militarización, abrió de este modo la puerta a la campaña para la caída de Largo Caballero, es decir, para la reconquista por los comunistas de las posiciones en la cima del Estado y de las fuerzas armadas que ellos mismos estimaban necesarias para la militarización completa de las milicias y también para la liquidación de las últimas columnas anarquistas...

Hay que señalar además la existencia en el seno de la misma CNT de individuos o hasta corrientes, informales o no, de miembros y responsables aceptando en realidad la política de «normalización». El historiador César M. Lorenzo indica por ejemplo —y Julián Casanovas confirma³⁰— que dos anarquistas miembros del Consejo de Aragón, Luis Montoliu y Servet Martínez, aceptaron ayudar a Mantecón en la disolución de este consejo y obedecer sus órdenes. Por lo demás, después del pleno nacional de marzo de 1938, la CNT, habiendo tomado la decisión de hacer la guerra hacia la victoria, sólo podía aceptar lo que otros pueden llamar una «capitulación» para poner, en la medida de lo posible, un término a la persecución de sus organizaciones, colectividades, y sobre todo de sus miembros en el Ejército Popular. Ante el dilema «Colaboración o golpe», los anarquistas eligen la colaboración, la CNT y la misma FAI se adhieren al Frente Popular en marzo de 1938. CNT y FAI colaborarán hacia la revuelta final de todos los antiguos aliados y aliados/enemigos del PCE en el episodio del Consejo de defensa de Madrid, un golpe realizado ante todo por las unidades del Ejército al mando del coronel anarquista Cipriano Mera.

Una última palabra me parece necesaria a propósito de los «incontrolados» y del empleo de esta palabra para designar a elementos «salvajes» del campo republicano por la prensa y los oradores del Partido comunista. Creo que la palabra, muy empleada, designa claramente a las bandas de asesinos, ladrones, de pillaje, etc., iniciadoras de más de un paseo.

³⁰ CÉSAR M. LORENZO: *Les Anarchistes espagnols et la Question du Pouvoir*, Paris, 1969, p. 307, y JULIÁN CASANOVAS: *Anarquismo y revolución en la sociedad rural aragonesa 1936-1938*, Madrid 1985, p. 141.

Pero creo que designa también un fenómeno muy diferente, es decir a todas las iniciativas exteriores o extranjeras al marco estricto de la política y hasta de las órdenes del Frente popular, incluyendo las iniciativas de obreros anarquistas, socialistas o inorganizados pero, en todo caso, actuando como obreros. Sin confundir los unos y los otros, creo que la denuncia de los «incontrolados» tenía como verdadero objetivo político el descrédito y la liquidación de las iniciativas revolucionarias.

Para concluir

En 1964, en el apéndice de su libro de 1935 *Revolución y contrarrevolución en España*, Joaquín Maurín escribió que, al comienzo de la guerra civil, el Partido comunista era «de hecho un partido radical socialista: populachero, demagógico, y comunista solo de nombre [...] A mediados de Julio de 1936, era un supuesto político que no merecía ser tomado en consideración»³¹.

Es evidente que ese juicio de Maurín es completamente erróneo. El partido comunista ha sido capaz de agrupar y unificar todas las fuerzas políticas y sindicales anti-revolucionarias en el campo de la República. Además, contrariamente a la opinión de los autores que siguen tomando en cuenta «la vocación revolucionaria» de ese Partido, el Partido comunista ha deliberado y abiertamente combatido y asfixiado la revolución. Por otro lado ha sido capaz de llevar a cabo esa lucha gracias a sus lazos con la URSS símbolo de la revolución y del socialismo, al prestigio de la revolución rusa, a las presiones del gobierno de la URSS tanto sobre el gobierno como sobre los partidos componentes del Frente popular y también por su propia naturaleza de partido ya en 1936 completamente subordinado a las órdenes de Stalin.

En ese sentido y sólo en ese sentido, me parece legítima la comparación entre el papel de los comunistas en la España republicana de 1936 a 1939, y el de los comunistas de las llamadas «democracias populares» de la Europa del Este antes de estallar la guerra fría —es decir antes de la toma de poder directa por el Partido comunista y los representantes de la URSS—.

Podemos señalar los siguientes rasgos comunes:

1. La insistencia en la propaganda y la acción sobre la necesidad de un acuerdo de las organizaciones del «frente»; la representación del «pueblo» por medio de sus organizaciones y no directa o indirectamente como consecuencia, resultado, de una elección de cualquier modo.
2. La lucha por la hegemonía solamente por medio de organizaciones, es decir, no una competición entre partidos rivales con métodos democráticos, sino una acción dentro de las organizaciones rivales con el objetivo de conseguir su división y la formación en su seno de fracciones comunistas o simpatizantes, alimentando la lucha interina y la táctica que el húngaro Rákosi llamará en el futuro «la táctica del salami».
3. El apoyo, para esas maniobras de destrucción y derrumbamiento de los partidos rivales, en el aparato del Estado y sobre todo, la policía, así como el uso de

³¹ JOAQUÍN MAURÍN: *Revolución y contrarrevolución en España*, Paris 1966, pp. 287-288.

métodos de provocación clásica, presión y hasta chantaje, para conquistar tanto agentes como nuevos puestos de mando.

4. La prohibición absoluta de toda libertad de expresión y también de organización, fuera de las organizaciones, partidos o sindicatos aliados en el «frente», esto es, la negación de todos los derechos democráticos por los sedicentes «incontrolados», es decir los que no son miembros del «frente» o sus oponentes.

5. La utilización de las masas pequeño-burguesas, campesinas, obreras, en demostraciones disciplinadas, muy bien encuadradas y controladas, con objetivos rigurosamente limitados e impuestos de antemano por los dirigentes.

Con el reconocimiento de esos rasgos comunes, se podría en consecuencia, evidentemente dentro del marco exacto ya señalado, hablar como lo hizo Gorkin de modo polémico de «España, primer ensayo de democracia popular».